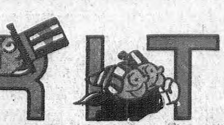
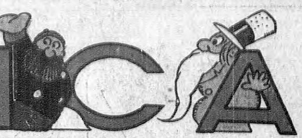
COLOR HISTORIETAS



CRITICA
COLOR PARA NIÑOS









LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por R. DIRKS
CREADOR DE ESTA HISTORIETA

























LA VERDADERA HISTORIA DEL CIRCO DE LONA

EL circo, el gran espectáculo a cuyo alrededor se ha hecho tanta literatura; el circo, con el carácter que hoy conserva, el circo propiamente dicho, con sus gimnastas, sus acróbatas, sus payasos, sus ecuyeres, sus fieras, etc., nace a mediados del siglo XVIII y de una manera singular: por la unión de juglares, comediantes de feria y caballistas. Los primeros, como Scaramouche y Pierre Gringoire — de cuyas aventuras, como de su amada Esmeralda nos habla Hugo en "Notre Dame", — andaban de pueblo en pueblo cantando, los segundos realizaban farsas, pantomimas y sátiras intencionadas en las plazas de los pueblos, en las calles y los patios de los castillos, y los últimos — que es a quienes se debe en realidad, el espectáculo — eran resabios de las antiguas justas romanas.

Nacimiento del circo

UN caballista inglés, llamado Beates, fué el primero que realizó exhibiciones de habilidad hípica en una plaza de París. Pero otro inglés, también caballista, llamado Astley — que gozó de gran renombre — fué el verdadero creador del circo, pues presentó caballos amaestrados, alternando esos ejercicios con otros de carácter gimnástico y acrobático y con las bufonadas de un payaso. Esto sucedía en París, allá por el año 1782, pero el éxito de la empresa llevó al aventurero Astley a visitar otros pueblos de Francia, en donde se hizo famoso.

Desgraciadamente ignoramos — y creemos que no existe documento alguno que lo consigne — el nombre del primer payaso que existió en el mundo, el nombre de ese payaso del circo de Astley, que hiciera las delicias de los niños de Francia con sus muecas, sus saltos, sus cabriolas y sus piruetas funámbulescas. Hoy, ese nombre sería venerado, pues ha creado un género y podríamos decir que el genial Chaplin y los Buster Keaton, y sobre todo los Fratellini de hoy, son sus descendientes directos. El circo a través del tiempo, ha mantenido siempre su interés y su maravillosa frescura. Siendo como siempre un espectáculo popularísimo, atrae ahora hacia sí las miradas de los más grandes artistas y escritores que ven en él una noble fuente de inspiración. Degas, uno de los más grandes pintores franceses del siglo pasado, dejó escenas de circo que son verdaderas obras maestras.

Las ferias y el circo

EN los tiempos medioevales, las farsas, mojigangas, sátiras y pantomimas sólo se representaban en los patios de los castillos, en las calles y las plazas de los pueblos. Se trataba de los ahora llamados cómicos de la legua, gente errante y aventurera, aunque de talento, muchas veces. Gente amiga de vagabundear y beber, de armar gresca y componer canciones pícaras y contar anécdotas chispeantes, se reunía, en ocasión de grandes festividades, en los patios de los castillos y realizaba sus funciones, o bien en las plazas y sitios populosos de las ciudades que, como París, siempre fueron generosas con esa clase de personas.

Luego, en pleno apogeo de las ferias, que duraban días y días, los comediantes lograron llenar más de una vez la bolsa realizando exhibiciones bajo techo. Aparecieron entonces los fenómenos, los amaestradores de animales, los malabaristas y los charlatanes de todo jaez, que alternaban sus funciones con la venta de amuletos y específicos. Un payaso italiano llamado Franconi, se unió, en los comienzos del siglo XIX, al caballista inglés Astley, que ya hemos nombrado, trayendo ese nuevo aporte que dió al circo mayor interés, matizando el largo espectáculo que ya necesitó para desarrollarse, la clásica lona, cuya redonda huella quedaba en los pueblos como un buen recuerdo inolvidable.

Pero recién en 1835, el circo de lona invadió los otros países de Europa y América, y fué ese mismo de Astley, que, reforzado por tantos números, atravesó por primera vez la frontera de Francia.

El primer clown

HACIA 1827, el circo, que contaba con payasos acróbatas, con gimnastas, funámbulos, trapecistas, logró culminar con la feliz aparición de un clown, el primero, llamado Auriol. Este clown de cara pintada y traje de colores, con lentejuelas, constituyó el número de fondo del programa. Y el circo viajero consiguió más tarde domadores de fieras y ecuyeres ágiles y graciosas, que no sólo interesaron a los niños sino también a las personas mayores. Luego vinieron los juegos de magia y prestidigitación. Otros circos surgieron. De la familia del payaso Franconi — el socio de Astley, — se separaron algunos elementos, independizándose para poner lona aparte.

Hacia 1835, el circo fué conocido en Norte América. Un montón de ellos invadieron las ciudades y los pueblecillos de la Unión, en donde se enriquecieron con osos, monos sabios, serpientes, etc. Más tarde, en Alemania, el circo era elevado de categoría con los clowns musicales, las danzas, las coristas y el impresionante salto de la Muerte. El trapecismo se hizo más complicado y emocionante y comenzaron a surgir algunas estrellas que, como hoy los Fratellini, fueron contratadas en muchas ciudades y consiguieron fama mundial.

¿Quién iba a decir al caballista inglés Astley, que de su unión con Franconi y luego con el clown Auriol iba a imponerse un espectáculo que hoy mantiene su encanto y su interés compitiendo holgadamente — sobre todo en Europa — con el cine y con el teatro?

El circo de hoy

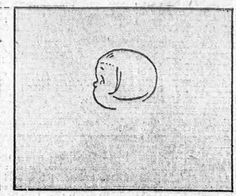
PUEDE admitirse que el circo de lona, el humilde y vagabundo circo de lona ha muerto, aunque muchos de ellos, recorren todavía los pueblecillos de Francia y de los países centrales de Europa. Circos sin nombre, circos trashumantes, de vez en cuando alguno de ellos viene a Buenos Aires a instalarse en la esquina más humilde. Pero el circo, el gran circo, perdura y se ha enriquecido. Ahí están sino los alemanes, como el de Sarrasani, de fama mundial, el de Hagenbeck —que posee en Berlín todo un jardín zoológico— y el Spadoni, que conocimos en Buenos Aires. Ahí están los circos franceses que, como el de Medrano y el Cirque D'Hiver, reunen noche a noche en París a una muchedumbre siempre fiel. En el Cirque D'Hiver trabajan los célebres hermanos Fratellini — son tres —, con sus sobrinos e hijos, dignos herederos de su arte. Los Fratellini merecieron el homenaje de los poetas. Rubén Darío escribió sobre ellos una página emocionada.

La clásica carreta

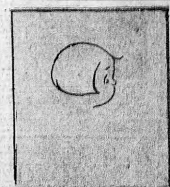
ADEMAS, el circo mantiene siempre ese algo de fantástico y sugestivo que lo ha hecho amigo de los niños y de los poetas. La clásica carreta ha sido suplantada por el camión moderno, pero el circo rueda todavía y la infinita poesía que alberga, bajo una carpa de lona o bajo una cúpula de oro, será siempre la misma. Hasta el cine ha recurrido a él, y lo ha hecho con felicidad. Recordemos películas como "Varieté", donde se revelaron Emil Jannings y Lya de Puty, y películas como "Los Cuatro Diablos", donde consolidó su fama Janet Gaynor, ¿Qué son, sino pedazos de la extraordinaria vida de los circos? Puede decirse que el arte sutilísimo de la marioneta, así como el music hall, la prestidigitación y la ventriloquia, están íntimamente ligados a la vieja y heroica carpa de lona. Para terminar, recordemos — en homenaje a la carpa de lona—que una de las mejores y más sugestivas películas de C. Chaplin se llama "El Circo".





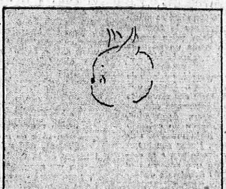




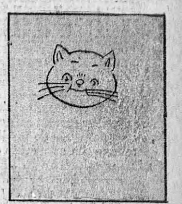






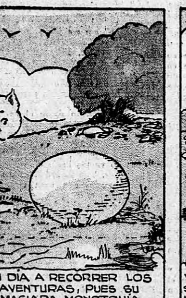








Por G. G. DRAYTON







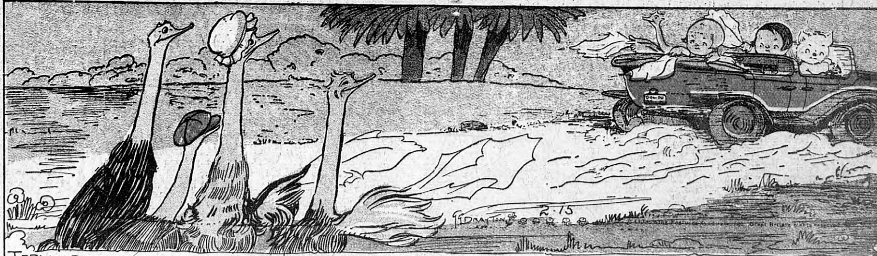












El Tesoro de la Ciudad de lo

El Tesoro de la Ciudad de los Césares

Novela de aventuras, original del célebre escritor yanqui Milton Harvey, cuyos derechos de publicación en castellano ha adquirido con carácter exclusivo CRITICA

EPISODIO V

"El Valle del Terror"

I

UNA DELACION

LA MULATA EN LA COMISARIA

EL comisario de Ñorquin hallábase preocupado por un aviso misterioso que encontró esa mañana sobre su escritorio y en el cual le notificaban brevemente un próximo asalto de la banda de Resneck constituída por el foragido Bill y por los elementos adictos al Chino Leiva. Poco antes del almuerzo un gendarme le anunció la visita de una mujer.

—Pregúntale qué es lo que desea — díjole "El Guapo".

—Quiere hablar con usted, comisario. Dice que se trata de un asunto grave.

"El Guapo" consintió en recibirla. Acompañada por el gendarme de guardia penetró la mujer al despacho del comisario. Era una mulata cuarentona, vestida de negro, con una pañoleta a cuadros rojos y azules.

"El Guapo" la midió con la mirada y le dijo:

—Acércate. ¿Qué se te ofrece?

—Señor... traigo una denuncia... — murmuró la mulata observando la puerta con desconfianza.

—Habla sin miedo, nadie más que yo puede escucharte.

—Vea, señor... — continuó con voz temblorosa la mujer — mi marido me abandonó.

—¿Y qué tengo que ver con eso?... — inquirió el comisario.

—Mi marido es Leiva, señor; el Chino Leiva. Usted lo conoce.

—¡Ah!... ¡está bueno!... ¿Y dónde anda el perdulario?

—Se unió a los bandidos del Norte, señor. Ya no quiere saber nada conmigo y antes de irse me dijo que si hablaba una palabra me mataría. Es un mal hombre. ¿Acaso yo no lo ayudé después del asalto en Las Lajas, hace cosa de dos años? Si no hubiera sido por mí Leiva estaría entre rejas. Sin embargo, el miserable me paga con esta moneda falsa. ¿No es justo que yo denuncie sus crímenes? ¿No tengo razón al acusarle de la muerte del gendarme Sosa, en la pulpería del Indio?...

"El Guapo" tomaba buena nota de las declaraciones de la mulata. Antes de que ésta se retirara, le preguntó:

—¿Dónde supone usted que estará Leiva?

La mulata pareció dudar un segundo. En seguida respondió:

—Por el lado del Valle del Terror. Leiva es valiente y no le tiene miedo a ningún hombre, pero esto no quiere decir que sea capaz de atravesar el valle. En el valle, señor, no hay hombres, hay ánimas...

II

LA VENGANZA

LA MULATA PAGA SU TRAICION

LA mujer abandonada por Leiva salió de la comisaría y se encaminó a su choza. Vivía en las afueras del pueblo, en un lugar denominado Cristiano Amarillo, en plena desolación. Caminaba por la huella sin otro pensamiento que el de buscar a su marido y entregarlo a la policía, ajena al peligro que la asechaba. Si la mulata hubiera detenido su paso para mirar hacia atrás, quizás huyera espantada por entre los matorrales, porque a corta distancia de ella una sombra iba ocultándose entre las plantas salvajes.

Era la sombra de Leiva.

El Chino la había seguido hasta la comisaría y luego de esperarla largo rato continuó su vigilancia en la borrosa senda que conducía a su choza. A doscientos metros de la vivienda, Leiva echó su mano al cinto y al tiempo que tomaba puntería, casi simultáneamente con el gatillar del arma, gritó:

—¡Mulata!...

Ella escuchó paralizada de horror la conocida voz de su hombre y el miedo anudóse en su garganta. La muerte fué instantánea. La bala de cobre habíale partido el corazón.

El Chino Leiva se había vengado.

Esa misma tarde, un gendarme descubrió el crimen y "El Guapo" tomó rápida intervención para esclarecer el hecho.

—Esta muerte — dijo para sus adentros "El Guapo" — habrá que anotarle en el haber de Leiva.

Se hicieron averiguaciones y una patrulla inspeccionó los alrededores sin resultado alguno. El criminal había huído y quizás a esas horas estuviera en la compañía de Resneck y Bill.

III

EN EL NORTE

NO OLVIDEMOS A MR. GORDON BURKE

MUCHAS veces Joe Mc Lean, ex sargento de la Policía Montada, se preguntó qué sería de Mr. Gordon Burke, subjefe a cargo del destacamento. Y en más de una ocasión, recordó las trágicas aventuras del chino Li-Sung, exterminador de la raza blanca, del terrorista Smirloff y del cínico y malvado Mr. Nicholson suponiendo con justa razón que el secretario del subjefe hallaríase muy a gusto en los quintos infiernos.

Cuando Joe mencionaba a Mr. Gordon Burke, Dick Mc Kenna reía estrepitosamente.

—No veo por qué te mueve a risa Mr. Burke — solía decirle Joe.

—Es que me imagino al subjefe soñando con el tesoro escondido en la Ciudad de los Césares, presa de horribles pesadillas y en trance de apoplegía fulminante. ¿Cómo se habrá resignado a desprenderse de la ilusión de la inmensa riqueza?

Jimmy el Peliencendido tenía su opinión formada respecto a los policías y se la reservaba para evitar rozamientos con Joe Mc. Lean. A pesar de ello, decía:

—Mr. Gordon Burke es un buen señor obeso y tranquilo. Tuvo en sus manos el legajo del secreto, que, en verdad, carecía de valor o tenía un valor muy relativo, puesto que al fin de cuentas sólo reafirma la existencia del tesoro sin indicar el lugar exacto donde se encuentra. Mr. Gordon Burke llegó a creer en un momento, en la posibilidad de enriquecerse con la cooperación de Mr. Nicholson. La muerte del secretario lo espantó. Durante algún tiempo ha de haber vivido bajo esa impresión, pero pienso que hoy ya se está acostumbrando de nuevo a la dulce aventura del misterioso tesoro.

—¿Quién les dice a ustedes, queridos amigos, que no veamos por la Patagonia a Mr. Gordon Burke?

Joe y Dick sonrieron incrédulamente. Tanto ellos, como Eleonor y aún el pequeño Jack, estaban lejos de imaginar que pudieran ser reales los pensamientos de Jimmy el Peliencendido. Pero, lo cierto es que en el Norte, Mr. Gordon Burke había solicitado su jubilación y recibía en su despacho a tres individuos catalogados como indeseables por la policía de algunos países. Estos tres individuos se llamaban Dunn el Conejo, Charles el Aristócrata y Jamesson, más conocido por el apodo de "Vitriolo".

IV

LOS PROYECTOS

DEL SUBJEFE DEL DESTACAMENTO

DUNN el Conejo no salía de su asombro.

—¿Está seguro, jefe? ¿Existe tal riqueza o es un sueño?

Mr. Gordon Burke, satisfecho de la sensación que provocaban sus palabras, mordía sonriendo su cigarro de hoja.

—Tan cierto es Dunn, como que estamos aquí, en este despacho.

Charles el Aristócrata dijo:

—Algo de eso sabía... Conocí a un bandido llamado Minnigann, que ya entregó su alma al diablo, que me habló en una ocasión de un legajo que guardaba el secreto del tesoro...

—Minigann — explicó Mr. Burke — fué quien me robó los preciosos documentos para entregárselos al jefe de contrabandistas, Jimmy el Peliencendido.

—Jamesson, alias Vitriolo, fué derecho al "asunto" como le llamaba él.

—Bueno, jefe, díganos qué espera de nosotros y en qué podemos servirle.

Mr. Gordon Burke acomodóse en su sillón y luego de frotarse las manos, comenzó a hablar:

—Muchachos: se trata de un asunto sencillo. Ir en busca del tesoro a la Patagonia argentina. Ya he solicitado se me concediera la jubilación y una vez terminado con todos los trámites, me separaré del cargo de subjefe del destacamento. Mi sueldo me permitiría vivir honestamente el resto de mis días. Pero es el caso que todavía me siento joven y con deseos de encontrar divertida la vida. El dinero proporciona placeres maravillosos, ¿no es verdad?

Los tres pillastres asintieron con una inclinación de cabeza.

Mr. Gordon Burke continuó:

—El tesoro no tiene dueño. No incurrimos en ningún delito si tratamos de apoderarnos de la riqueza escondida.

—¿Cómo dar con el sitio donde está oculta si usted no tiene los documentos? — preguntó Dunn el Conejo.

Mr. Gordon meditó un instante, como si tratara de hallar un nombre en su memoria. Luego respondió:

—Sé de un indio que está en el secreto. El indio se llama Tucapel. Vive en un punto distante, allá por tierras del Neuquén, en la Patagonia Argentina. Fácil será convencerlo de que debe hablar...

—¿Los gastos? — interrogó el Aristócrata.

—Corren por mi cuenta, Charles. Además, el reparto será equitativo y nadie se mostrará descontento.

Los tres pillastres consultaron entre ellos y Jamesson, alias Vitriolo, fué el indicado para resumir la decisión adoptada.

—Mr. Gordon Burke — le dijo Jamesson — a usted le estamos reconocidos por más de un servicio recibido mientras desempeñábamos nuestro peligroso oficio que nos obliga a vivir fuera de la ley. Además, sinceramente, lo estimamos como amigos. No tenemos pues, ningún inconveniente en volver por aquí cuando usted lo juzgue oportuno para ultimar los detalles del viaje. En principio, aceptamos.

Los tres pillastres despidiéronse de Mr. Gordon Burke y el subjefe encendió su cigarro y su mirada se entretuvo con las volutas de humo. Estaba satisfecho de sí mismo, contento, alegre. Porque en el espíritu de Mr. Burke había renacido una esperanza. La esperanza de ser dueño algún día del soñado tesoro de la Ciudad de los Césares.

V

EN EL VALLE

DONDE MORAN LAS ANIMAS

CUANDO los grandes bloques de nieve clausuran el camino de Copahué es preciso volver atrás o trasponer la frontera chilena. El paso obligado para quien adopte la segunda determinación cruza un pequeño valle al cual la gente ha denominado "El Valle del Terror".

Innúmeras leyendas de aparecidos corren de boca en boca por la Patagonia. Dícese que en el Valle del Terror celebran sus reuniones las ánimas en pena de difuntos que aún no alcanzaron el eterno descanso. Asesinados, hombres y mujeres que vivieron un calvario y terminaron sus días de mala manera, suicidas, van a morar al valle. Pocos son aquellos que se atreven a transitarlo aún a la clara luz del día. Más de uno que anduvo por esos peligros narró después aventuras de espanto.

Desde hace infinidad de años los pobladores al mentar el valle hacen la señal de la cruz. Cuentan que cierta vez, una anciana indígena, abandonada por los suyos, dejó su choza y se encaminó al valle deseosa de encontrar la muerte y olvidar para siempre las miserias del mundo. Pero la anciana volvió y dijo:

—La muerte me ha rechazado. Todavía no ha llegado mi última hora. Debo seguir sufriendo hasta que Dios se apiade de mí.

—¿Qué has visto en el Valle? — le preguntaron.

La anciana abrió tremendos ojos y respondió con temerosa voz:

—¡Oh!... ¡El Valle del Terror!... El buho y la lechuza vigilan su cielo. Silbidos extraños y gritos más extraños rondan el Valle. Las ánimas en pena se encienden como luciérnagas y otras mil fosforescencias agujerean la oscuridad. He visto...

La anciana ocultó su rostro entre las sarmentosas manos. Estaba horrorizada. Y fué cuando ya iba a narrar lo que había visto en el Valle del Terror que Dios se apiadó de la infeliz.

VI

EL INDIO

RESUELVE PERNOCTAR EN EL VALLE

TUCAPEL condujo a su cueva a Joe, Jimmy y Dick. En la cueva hallábanse Eleonor y el pequeño Jack. El indio explicó a sus amigos del Norte el porqué de su transformación en fantasma.

—Sabía que los bandoleros tratarían de matarme. Cuando me hirieron "Cabeza de Guanaco" me auxilió y gracias a sus cuidados pude curarme. Si hubiera vuelto a mi choza, a estas horas habría muerto. Tucapel fantasma era un enemigo terrible. Pero ahora debemos abandonar la cueva porque los hombres malditos no tardarán en llegar aquí huyendo de la justicia. Bajaremos al Valle del Terror y haremos noche allí donde ningún mortal se atreve a pernoctar.

—¡El Valle del Terror!... — murmuró Eleonor.

—No hay que temer daño de malos espíritus, pues llevo mi talismán. Además, vendrá con nosotros mi fiel Lonco Luan, mi ahijado "Cabeza de Guanaco".

Los tres camaradas se mostraron decididos a seguir a Tucapel. Eleonor, en cambio, sentía un presentimiento triste. Y no estaba en verdad equivocada, puesto que el Valle del Terror iba a depararle más de una trágica sorpresa.

VII

LA BANDA

QUIERE LIQUIDAR A "EL GUAPO"

EL Chino Leiva retornó al escondrijo luego de cumplida su venganza.

—¿Listo? — preguntóle uno de sus "rotos".

—Sí — respondió Leiva. He cobrado la traición de la mulata. Ya no volverá a soltar la lengua.

—Quién sabe... — murmuró el "roto".

—¿Qué dices?... Ya no volverá a soltar la lengua porque la mulata ha muerto. ¿Entiendes?...

El "roto" se dirigió hacia su rincón diciendo:

—Digo "Quien sabe", Leiva, porque la finada ya estará en el Valle...

El Chino Leiva experimentó un escalofrío. Resneck y Bill lo llamaron aparte.

—Vea, Leiva — díjole el jefe — es necesario terminar con este estado de cosas. Tenemos que apresurar nuestros negocios y dar con el tesoro lo más pronto posible, antes de que nos ganen de mano. Si "El Guapo" es el estorbo, se elimina a "El Guapo".

—¿Usted cree conveniente atacar la comisaría?

—No sé. Más bien me parece que debemos sorprenderlo en su vivienda.

—Yo opino así — afirmó Bill.

—¿Cuántos hombres nos acompañan? — interrogó Resneck.

—Doce, pero nos bastan con seis. A los restantes podemos ordenarles que nos aguarden en el camino de Copahué, en el refugio de San Benito.

—Bien. Esta noche trataremos de abreviar el plan. Que todo esté preparado.

—Así se hará, Resneck.

El asalto a la vivienda del comisario iba a efectuarse dentro de pocas horas. Pero los bandoleros ignoraban que "El Guapo" estaba sobre aviso y que podía oponerles una seria resistencia.

VIII

LA SESION

CONTINUA EN EL ESCONDRIJO

LA sesión continuaba. Resneck quería trazar un plan de acción para allanar dificultades y poder dedicarse a la búsqueda del tesoro de la Ciudad de los Césares.

—Una vez arreglado el asunto de "El Guapo", ¿qué rumbo tomaremos, Leiva?

Leiva respondió:

—Habíamos quedado en que el resto de los hombres nos esperarían en el camino del volcán Copahue.

—¿Y la nieve?

—Creo que nada debemos temer. Si bien es cierto que los pobladores accidentales de esa región ya han salido hacia sus hogares, casi podría asegurar que el temporal nos dará tiempo.

—¿Cuántos permaneceremos allí?

—Los imprescindibles para iniciar la travesía de la frontera. Opino, Resneck, que no nos queda otro remedio que internarnos en Chile. Aguardaremos a que se olvide el asunto y al cabo de un par de meses volveremos a la región de los lagos donde se encuentra el tesoro.

—De acuerdo, Leiva.

Resneck llamó a sus hombres. Les advirtió el "trabajo" que deberían llevar a cabo esa noche y luego hizo rueda al fogón donde uno de los "rotos" preparaba la cena.

IX

CHARLES Y DUNN

INTERVENDRAN CON JAMESSON EN LA AVENTURA

CHARLES el Aristócrata no tenía muchas ganas de meterse en la aventura del tesoro. Sobre todo, desanimábalo el pensar en el viaje y en la vida de privaciones a que se verían obligados en la Patagonia.

Charles no había nacido para ser pobre y honrado. Gustábale el juego y más que el juego, la trampa. Manejaba los naipes con asombrosa familiaridad y cuando sus artimañas le cerraron las puertas de todos los clubs, dedicóse a trabajar por su cuenta en los compartimentos de lujo de los trenes.

Dunn, el Conejo, era compañero de Charles en el arte de desplumar incautos. Era más audaz que el Aristócrata, pues llegado el caso, entregaba a su pistola la responsabilidad de salvarle el pellejo.

Jamesson, alias Vitriolo, era un pájaro de cuenta con veleidades de conquistador. El apodo le vino a raíz de haber abandonado a una novia — Grace, la del "tic" romántico — la cual no pudo soportar su decepción y arrojó al falso enamorado un frasco de vitriolo.

Charles, Dunn y Jamesson se reunieron en la trastienda de la casa de Schultz.

—¿Qué hacemos, Dunn? — preguntó Charles.

—¿Y tú qué opinas, Jamesson?

Jamesson dijo:

—Aquí no tenemos nada que hacer, muchachos. Mr. Burke se retira del Destacamento y es probable que su sucesor nada quiera saber con nosotros. Lo mejor es buscar nuevos horizontes.

—Vamos a sufrir miserias sin cuento, Jamesson — habló Charles el Aristócrata.

—¡Bah!... Viene con nosotros Mr. Gordon Burke y en último caso procuraremos gastar bien su dinero...

De la trastienda de Schultz, los tres sujetos dirigiéronse al despacho de Mr. Burke.

X

EL FRACASO

DE LA TENTATIVA DE LOS BANDIDOS

EL espía "roto" volvió al cabo de un largo rato. Traía malas noticias.

—He llegado hasta cerca de la vivienda de "El Guapo" y he visto "con mis propios ojos" los preparativos para recibirnos. "El Guapo" ha llamado a los gendarmes y cinco de ellos llegaron con armas y municiones.

—Hemos fracasado, Leiva — dijo malhumorado Resneck.

—¡Maldición! — gritó Bill estallando de rabia.

El espía siguió informando:

—Cuando me dí cuenta de que era imposible sorprender a "El Guapo" en su vivienda, me acerqué a la comisaría. Pero allí la cosa varió. Han colocado cuatro fusiles ametralladoras y hay una guardia permanente.

Leiva propuso dejar el escondrijo e iniciar la retirada hacia Copahue esa misma noche.

—"El Guapo", al ver que nosotros no vamos hacia él, vendrá a buscarnos. Tenemos que salir esta misma noche con toda clase de precauciones.

Nadie puso objeciones a las palabras de Leiva. Los bandidos ensillaron sus caballos y poco antes de la medianoche se dirigieron a Copahué.

Composición y dibujo ejecutados especialmente para esta novela en la Sección Gráfica de CRITICA, por Premiani



"En el Valle del Terror vigilaban las aves de rapiña. Estaba poblado de ánimas en pena..."

...los Césares

RESUMEN BREVE DE LOS CAPITULOS PUBLICADOS

Mr. Gordon Burke, Subjefe de la Policía Montada del Norte, era el poseedor de un legajo que guardaba el secreto del Tesoro de la Ciudad de los Césares. El valioso documento ha sido robado por Minigann, y, muerto éste, pasó a las manos del jefe de contrabandistas Jimmy el Peliencendido

Otro contrabandista llamado Resneck ha conseguido despojar a Jimmy del legajo. Jimmy el Peliencendido, su mujer Eleonor, su hijito Jack, el ex sargento de la Policía Montada Joe Mc. Lean y Dick Mc. Kenna, que también perteneció al Cuerpo, están ya en la Patagonia Argentina en compañía del indio Tucapel, el único que sabe el lugar exacto donde se halla el tesoro escondido. Resneck y la banda también están en la Patagonia, donde llevan cometidos varios crímenes y donde continúan asolando pueblos a pesar de la persecución continua del comisario de Ñorquín, apodado "El Guapo"

Tucapel y sus protegidos están en el Valle del Terror. Veremos si los bandidos del Norte se atreven a cruzar la misteriosa región poblada de ánimas en pena

XI

LA LECHUZA

CENTINELA DEL VALLE DEL TERROR

AGITO sus alas la lechuza y remontó vuelo. Era señal de que algo raro ocurría en el Valle del Terror.

El vuelo de la lechuza fué el anuncio de la llegada de Tucapel. Eleonor, pegada a su hijito y a Jimmy, temblaba de miedo.

El viento ululaba en el valle acentuando el misterio. Los álamos fingían estáticos monjes y a lo lejos, en las derivaciones de la cordillera, brillaban luces extrañas.

—Aquí, en este mismo lugar — dijo Tucapel. — mi padre fué llamado por el Dios Benéfico. Ahora está allá, en la región de los hombres tramontanos.

Un graznido de ave de rapiña corrió por el valle. El pequeño Jack permanecía pegado a la madre y ésta, aterrorizada, buscaba protección en la cercanía de Jimmy.

—No teman... — díjoles el Peliencendido.

—Aquí vive el recuerdo de los muertos... — murmuró Tucapel.

Y Joe Mc. Lean terminó la frase:

—... y nosotros sólo debemos esperar sorpresas de los vivos...

XII

LOS CUATRO

EN VIAJE HACIA LA TIERRA DEL TESORO

MISTER Gordon Burke apresuró los trámites de la jubilación; arregló sus asuntos en el Despacho; cobró los últimos dólares a sus amigos los contrabandistas de alcohol y clausuró su cuenta en el Banco. La partida había sido fijada de común acuerdo con los tres pillastres y sólo faltaba visar los documentos y embarcarse rumbo a las tierras del Sur.

Charles el Aristócrata, Dunn el Conejo y Jamesson alias Vitriolo no lo dejaban un instante. A decir verdad, ninguno de ellos creía firmemente en la existencia del tesoro, pero, como nada iban a perder en la aventura, aceptaban de buen grado el acompañar a Mr. Gordon Burke.

—Lo peor que nos puede ocurrir — había dicho Jamesson — será volver a EE. UU. Y nadie nos quitará el viajecito.

Charles el Aristócrata llamó al bolsillo de Mr. Gordon Burke porque según manifestaba, era preciso "reconstruir su equipaje".

—Un par de cientos de dólares, Mr. Burke no le harán absolutamente nada. Por otra parte, con lo que me toque del hallazgo se los devolveré con sus respectivos intereses.

Mr. Burke accedió a facilitarle el anticipo.

Dunn el Conejo no hacía más que inquirir datos geográficos de la Patagonia. Y procuraba completar sus conocimientos con las informaciones que recibía del subjefe jubilado.

—Mucho me temo — dijo Jamesson — que nos devoren los caníbales.

—Allá no hay caníbales, Jamesson — explicó Mr. Burke. Sólo encontraremos gauchos y algunos indios mansos. Eso sí, muchachos, habrá que portarse bien para evitar trastornos con la justicia. Sería triste que por precipitados los colgaran de un árbol...

Mr. Gordon Burke tenía el ánimo regocijado. Intimamente estaba seguro del éxito de la expedición. Y cosa rara: ni por un instante se le ocurrió pensar que otros antes que él habían partido rumbo a la Patagonia con el afán de apoderarse del inmenso tesoro escondido.

XIII

SIGUIENDO EL RASTRO

VAN LOS GENDARMES CON "EL GUAPO"

"EL GUAPO" esperó el ataque de los bandidos y al rayar el día envió un emisario a la comisaría en procura de novedades. A su vuelta, el enviado manifestó que durante la noche la gente permaneció alerta sin que ocurriera ningún suceso extraordinario.

"El Guapo" tenía confianza en sus hombres. Y sobre todo, en el sargento Ramírez, mestizo como Payuca, pero valiente y fiel.

—Sargento — habíale preguntado el comisario, — ¿hacia dónde supone usted que marcha esa gente?

—¿Leiva va con ellos, jefe? — interrogó a su vez Ramírez.

—Creo que sí. Se han aliado los canallas y lo más probable es que el Chino trate de huír más que nada por la muerte de la mulata.

—Entonces dudo de que se dirijan a Copahue, comisario. Leiva sabe perfectamente en qué condiciones se encuentra la región y no se ha de arriesgar a enterrarse en la nieve.

Pero, de cualquier manera — concluyó el sargento Ramírez — por ese camino irán. O se estrellan contra los bardones de nieve o se deciden a cruzar el valle del Terror para internarse en Chile. Leiva es supersticioso y mucho me temo que se niegue a meterse en el Valle.

—Bien, sargento. Seguiremos el rastro de los asaltantes y allí donde sea, los atacaremos. Haga formar a sus hombres y ordene que venga el refuerzo de la comisaría.

Retiróse el sargento y "El Guapo" llamó a su hija. Aluminé habíase quedado despierta junto a su padre, a la espera de los bandoleros.

—Saldremos ahora, Aluminé. Tú debes descansar. No creo que haya peligro por el momento, pues todo hace imaginar que esa gente ha resuelto huír hacia el Norte. Si quieres, puedo dejar vigilancia.

—No hace falta, padre. Además, ustedes necesitan de todos los hombres. No se preocupe por mí, que no ocurrirá ninguna tragedia.

En ese instante un hombre golpeó en la puerta de la vivienda.

—¡Adelante!

El hombre hizo girar el picaporte y se dejó ver en la habitación.

—¡Comisario! Traigo una noticia importante para usted. Quisiera conversar a solas dos palabras.

"El Guapo" lo examinó de arriba abajo y reconociéndolo, le dijo:

—¡Me alegra verte, Soldana!... ¿Has vuelto a las andadas o te has regenerado?...

XIV

SOLDANA

EL HOMBRE QUE NO QUISO SER DELATOR

EN cierta ocasión "El Guapo" llamó a su despacho a Soldana y le dijo:

—Soldana: sé que te gusta apropiarte de lo ajeno y que no desperdicias oportunidad de hacerlo. También sé que no eres ajeno al robo de hacienda de la estancia "La Tranquera".

—Calumnias, comisario.

—Tu cuchillo, Soldana, se cae a veces de la vaina y eso puede traerte complicaciones.

Soldana echó mano al cinto y comprobó que no tenía armas. El comisario sonrió y al tiempo que le ofrecía una daga, le advertía:

—Aquí lo tienes, es tuyo. No cabe duda que bastaría esta prueba para zamparte por varios años en el "colegio". ("El Guapo" llamaba "colegio" a la cárcel). Pero, me duele complicarte la vida, Soldana.

—A cambio de qué este favor, comisario? — preguntó el cuatrero.

—Me gustaría conocer personalmente al vasco Zuriaga. Dicen que es bravo y a mí me gusta esa clase de hombres. ¿No fué el vasco Zuriaga quien tuvo el incidente con el finado Núñez?

—No soy amigo del vasco, comisario.

—Lo que no se puede negar es que el vasco sabe hacer las cosas. El arreó el ganado hasta la frontera, ¿no es verdad, Soldana?

Soldana sentíase incómodo y molesto por el interrogatorio. Por fin, decidióse a cortar el diálogo.

—Vea, comisario, ya se adónde quiere llegar usted y desde ya le digo que puede mandarme preso. Antes de ser delator me corto la lengua, ¿entiende?...

—¿Tienes mujer?

—Sí.

—¿Tienes hijos?

—Cuatro criaturas.

—Bueno, lo mejor será que no vuelvas a las andadas y te portes como es debido. Por esta vez te dejo en libertad. Si caes por cualquier delito, las pagarás todas juntas.

Soldana estaba sorprendido. Sabía que "El Guapo" jamás perdonaba a los delincuentes y le asombraba que no lo arrestara.

—Puedes irte — ordenó el comisario.

—Soldana le extendió su mano.

—Permítame, comisario... Es usted un buen hombre y se lo agradezco por mi mujer y mis hijos. Algún día le probaré que soy capaz de guardar gratitud a quien la merece.

XV

LA NOTICIA

GENTE ARMADA EN EL CAMINO

—COMISARIO — dijo Soldana cuando estuvo a solas con "El Guapo" — una vez le dije que antes de delatar a un compañero me cortaba la lengua. Ahora le traigo una noticia que puede interesarle, pero, lo hago por usted. Hay favores que uno no olvida...

—¿Qué pasa, Soldana?

—En el camino de Copahue hay gente armada. Tres hombres en grupo aparte deliberaban sobre si debían o no atacar esta casa.

—Son los bandidos del Norte.

—No los conozco ni me interesan. Sólo me interesa que usted y su hija salgan bien del asunto.

—Gracias, Soldana. ¿A qué distancia estaban?

—A legua y media del refugio de la Media Luna.

—¿Cómo te encontraste con ellos?

—Iba hacia mi vivienda. Me sorprendió esa gente y me oculté. Pude escuchar lo que decían: "Hay que terminar con el comisario y luego cruzar a Chile"... Pero, parece que cambiaron de determinación porque a los quince minutos prosiguieron la marcha hacia Copahue.

—Gracias, Soldana.

"El Guapo" hizo formar a los gendarmes, despidióse de su hija e inmediatamente inició la persecución de la banda de Resneck.

El sargento Ramírez que marchaba a su lado, le dijo:

—Van por mal camino. Nunca hubiera creído que Leiva se equivocara tanto. La nieve obstaculiza el camino de Copahue y no tendrán otro remedio que volver por donde fueron o introducirse en el Valle...

—Y efectivamente, era así. A dos leguas del volcán Copahue, los bandidos tropezaron con un serio inconveniente: la nieve. Una mole inmensa que anulaba toda posibilidad de fuga por esa parte.

Leiva se dió cuenta de la situación, pero, le asustaba tomar el camino del Valle.

—Tenemos tiempo hasta cerca del anochecer — dijo a Resneck; — nos ocultaremos para evitar que nos descubran y cuando sea la noche nos arriesgaremos por el Valle en dirección a la frontera.

XVI

EL TERROR

LA NOCHE EN EL VALLE

"EL GUAPO" y su gente se detuvieron a examinar la huella. Un rastreador afirmó:

—Hace dos horas pasaron por aquí. Llevan ocho caballos y dos mulas.

De acuerdo con las indicaciones de los baqueanos, "El Guapo" dispuso un descanso hasta el atardecer. Y a la misma hora en que proseguía la búsqueda de los fugitivos, Resneck y los suyos comenzaban a internarse en el Valle.

Chilló la lechuza y Leiva casi retrocede.

—¡Vamos! — gritó Resneck. No es éste el momento de dudar. Si nos retrasamos, no sería difícil que se armara el baile con la patota del comisario.

Los bandidos se adelantaron arrastrándose entre las matas. La oscuridad tremenda los envolvía y sólo de trecho en trecho brillaba el minúsculo ojo de luz de las luciérnagas.

Silbaba el viento entre los álamos y un zig zag de fuego rasgó el firmamento.

Leiva pensó en sus crímenes y en la mulata muerta y sintió correr un frío por la medula.

—¡Maldita!... — susurró entre dientes. ¡Es capaz de envenenarme hasta después de muerta!

El que iniciaba la marcha se detuvo.

—¡Chits!...

Allá, a cien metros, se alzaba amenazador el fantasma. Resneck extrajo su pistola e hizo un disparo. La detonación provocó un medroso revuelo de pajarracos.

El aparecido continuaba en su sitio. Resneck probó otra vez su puntería y la respuesta no tardó en escucharse.

—¡Toma!... ¡Ahora resulta que también los fantasmas usan pistolas!...

—Volvamos!... — aconsejó Leiva. Pero, no había terminado de pronunciar esta palabra, cuando una bala pasó silbando sobre su cabeza.

—¡Estamos entre dos fuegos, Resneck!... ¡Nos tiran desde dos lados! ¡Estamos entre los gendarmes y los fantasmas!...

—¡Más les temo a los primeros que a los segundos!... — dijo de mala gana Resneck. Y dió orden de avanzar.

El fuego continuaba y de cuando en cuando dejábase escuchar un lamento prolongado.

—¿Quién está herido? — inquirió Bill.

—Es uno de los "rotos"...

Pistola en mano, los bandoleros fueron avanzando hacia la frontera. La oscuridad que tanto sobresaltaba a Leiva, los protegía. Gracias a ella, evitaron milagrosamente la muerte y alcanzaron la frontera poco antes de amanecer.

Con las primeras luces del día, "El Guapo" y sus gendarmes atravesaron el valle. En mitad del sendero encontraron a un grupo de hombres, a una mujer y a un niño. "El Guapo", sorprendido, dirigióse a ellos, reconociendo a Joe y a sus camaradas.

—¿Pasaron la noche en el Valle? — preguntó.

—Sí, comisario.

—¿No oyeron los tiros?

—¡Como que buena parte de ellos los disparamos nosotros! — respondió Joe sonriendo.

Encendieron fuego y Tucapel preparó el "mate amargo". Al mediodía, retornaron a Ñorquin, lamentando no haber conseguido capturar a los temibles delincuentes.

—No está todo perdido — había dicho "El Guapo". Veremos si los carabineros chilenos les permiten cruzar la frontera...

El Indio Tucapel Conoce el Secreto

Lo ha recibido en herencia de un toqui moribundo y lo ha transmitido a su ahijado Lonco Luen — "Cabeza de Guanaco"

En la Región de los Lagos Está el Tesoro

Resneck, Bill, Leiva y los demás bandidos, pretenden apoderarse de la inmensa riqueza. Y desde el Norte, no tardarán en llegar a la Patagonia Argentina Mr. Gordon Burke y los tres pillastres llamados CHARLES EL ARISTOCRATA, DUNN EL CONEJO, y JAMESSON (a) VITRIOLO

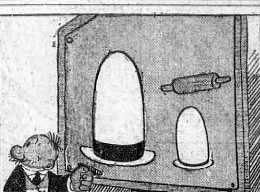
Lea el próximo sábado el episodio titulado: "EL TESORO ESCONDIDO"



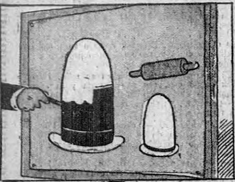
"El chino Leiva agregó a su haber un crimen más..."



















LOS LIOS DE DEDALITO Y ESPAGUETI *por* SEGAR































LAS GAVIOTAS cuento marino por F. Paolieri

¡NO le tire, no le tire!... ¡Oh, demonio! ¡Mire cómo va! ¿Qué quiere hacer? La gaviota se sostenía sobre el agua, agitada por una marejada incipiente, con un ala destrozada, salpicando de sangre las espumas. En un instante la vimos aparecer y desaparecer sobre el lomo de una ola, después flotó cansada, con el pecho cándido a flor de las ondas y las alas abiertas en forma de cruz, y parecía que hubiera dejado ya de moverse.

Entonces salté a una barca que se balanceaba amarrada a un escollo, la desaté, empuñé los remos y me acerqué al animal herido.

Desde cerca me pareció enorme, gris y rosáceo, color de leche apenas manchada, con el pico escarlata y las patas amarillas, y experimenté el miedo que se siente frente al animal salvaje todavía vivo.

Me acerqué, lo cogí por la punta del ala sana y lo tiré al fondo de la barca un tanto violentamente, por temor al picotazo furibundo de la bestia que sufre daño.

Me puse de frente, mientras remaba lentamente, de pie, a la veneciana; lo vi escondido bajo un asiento de la barca, arrastrando el ala inútil y ensangrentada como una muleta, y me miraba.

Me miraba con ojos extraordinarios, negros como las moras maduras, profundos como el infinito; a veces, según el reflejo de la atmósfera, glaucos y vítreos, casi espectrales; me miraba sin cólera, pero no parecía que pidiese piedad; me hacía el efecto de que me compadeciera, de que mirase con estupor, a mí, animal civilizado, que destrozaba por pasatiempo las alas de los pájaros del Dios bueno.

La inutilidad de haber muerto a la gaviota

SE me había pasado el deseo de empajarlo para colocarle sobre mi mesa-escritorio; comenzaba a comprender la inutilidad de mi acto, su brutalidad, la irracionalidad de ese instinto de destrucción que todos poseemos; pero que deben enfrenar la inteligencia y el corazón.

Por eso, apenas saltamos a la playa, la pregunta espontánea que se me vino a los labios hizo sonreir melancólicamente a mi extraño compañero de caza.

¿Que si vivirá? — me dice —. ¿Si vivirá? Vivirá de seguro... ¡Hermosa vida! ¡con un ala destrozada, imposibilitado para buscarse la comida, dando saltos como un cojo, con sus patitas, vivirá una vida peor que la muerte, que es preciso darle y cuanto antes mejor! ¿Cómo quiere usted que ahora se adapte? Es demasiado vieja... acaso si hubiese sido una gaviota joven... De todos modos usted tendrá su animal empajado y recordará este día... si no le sucede nada.

—¿Qué diablos quiere usted que me suceda?

—Yo no quiero que le suceda nada... pero a veces, ¿quién sabe? ¡Basta! Mire, usted no sería capaz de rematarla... Tienen la vida dura las gaviotas, ¿sabe?... Pero yo sí, porque tengo más corazón que usted.

Quedé como entontecido.

Aquel pescador, aquel marinero, aquella especie de anfibio de dos piernas que tan prodigiosamente me interesaba, se permitía darme una lección y me tocaba dejarle hacer.

—Vuélvase para allá si no quiere ver, porque le podría producir cierto efecto "ahora". A mí no, porque sé que es hacer un bien lo que hago y, además, sólo le haré sufrir un segundo.

Se quitó la chaqueta, se quitó la bufanda de lana que tenía arrollada en dos vueltas al cuello, sacó una enorme navaja del chaleco, la abrió, cogió a la gaviota por el largo cuello con la mano izquierda y con la derecha, de un golpe seguro y rápido, hundió la navaja en el cerebro de la bestia.

Esta aleteó tres o cuatro veces, gallardamente, salpicándonos de agua y sangre, y quedó rígida.

Los ojos, sin embargo, permanecieron abiertos; dos ojos negros como las moras maduras, profundos como el infinito, bondadosos, indeciblemente bondadosos, expresando compasión y sorpresa por aquella muerte bárbara, necia, inmerecida, ante el grande y líquido reino que se hinchaba moviéndose con promesa de pesca abundante.

Una explicación trágica e impresionante

Y el vertiginoso rey de los espacios nubosos, el ágil y fulmíneo batidor de las olas espumeantes, yacía sobre las algas encogido, con el plumaje revuelto, con las patas amarillas rígidas y el ojo telescópico capaz de distinguir a los peces desde un kilómetro de distancia, abierto por el estupor doloroso de haber visto lo que es un hombre demasiado de cerca.

—Y ahora puede usted hacerlo empajar... si no le sucede nada. Vámonos, pues.

Y con uno de sus ademanes que no admitían réplica, el barbudo paludano cogió el animal y salió andando, silbando.

¡Era demasiado!

En un arrebato casi de cólera, alcancé a mi curioso guía, le puse una mano sobre el hombro, obligándole a volverse y le dijo con voz conminatoria:

—Bueno, ¿pero qué hay bajo esa cantinela enigmática? Explíquese de una vez y buenas noches.

Santiago me miró con sus pupilas claras y tranquilamente comenzó:

—"Era yo muy joven entonces, y cuando mi hermano tenía necesidad de una ayuda a bordo, iba yo con él y hacía los viajes de aquí a Liorna, Portoferraco hasta Génova, por la costa, a Civitavechia y a Cerdeña... He estado también en Túnez... Una vez el capitán del puesto de la isla de Elba me dijo: te regalo un barril de vino excelente de mis viñas si me traes cuatro gaviotas vivas.

—"¿Cuatro gaviotas vivas?

—"Sí, ¿qué de particular tiene? No pretendo que las pesques con anzuelo o que me traigas heridas y troncadas gaviotas viejas que se dejan morir de hambre apenas se las encierra; quiero cuatro gaviotas de nido, para tirarles pescaditos y migajas de pan para que se diviertan en casa.

—"Si es así — respondí — se puede hacer. El capitán d'Alberti (usted le habrá oído nombrar, es el que hizo el mismo viaje de Colón en un pequeño yatch), tiene una gaviota que va a su mano a picotearle los pescados y he podido enterarme dónde puedo procurarme dos o tres de ellas. Déjeme hacer; está bien para un barril de vino.

En viaje hacia la isla Giannutri

"Y con un apretón de manos nos separamos.

—"En cuanto vayas a Civitavechia, avísame, porque al retorno tengo necesidad de detenerme en Giannutri — dije a mi hermano.

—"¡Ah, vamos! — respondió éste (perdió la vida en el naufragio de la "Colomba" contra los arrecifes de la isla de Pouza, una noche en que el cielo se puso negro como la pez y la niebla no dejó ver la posición del faro) —. ¡Quien lo puede, piensa en la caza!

—"¿Qué caza?

—"¿Es que no quieres detenerte en Giannutri para tirar a los gazapos? Pues esa especie de eremita duerme en las grutas romanas no quiere que se dispare ni un tiro y dice que la isla pertenece a uno que le ha hecho a él guardián y no entiende de razones, y después quiere el hurón...

—"¿Pero qué hurón de Egipto? Yo te digo que si al retorno de Civitavechia tocamos en Giannutri, yo, sin tanta fatiga, te hago beber un vino excelentísimo, como para abrazarse llorando.

"Mi pobre hermano, hombre bueno y recto, un capitán de barca que Giglio y Santo Stefano envidiaban a Follonica la aventura de haberlo dado al mundo, tenía una debilidad: le gustaba el vino de manera tal, que por un vaso de ese "ansónico" de color de rosa, cuando iba a la isla del Giglio, tenía el cuajo de llegarse hasta el Castello y dejaba a la "Colomba" que se balanceara en el puerto porque a él no se le ocurría ni aun en la noche regresar a bordo. Bien; pues como le iba diciendo, apenas le menté el vino de Elba a mi pobre hermano, le brillaron los ojos y se le encendieron las mejillas y me prometió todo cuanto yo quise.

—"Bueno — añadí a modo de conclusión —, el asunto hay que hacerlo inmediatamente, porque de lo contrario, tendremos que relegarlo ad kalendas grecas.

"Así que, entre ir a cargar ladrillos a Litorna o llevar atún salado a Civitavechia, mi hermano escogió este segundo viaje, que fué suave como el aceite, aunque lento como la lluvia de otoño. A la vuelta, por el contrario, un vientecillo que hinchaba la vela maestra nos llevó con tanto garbo por medio del Argentario, que por la madrugada, antes del alba, ya divisamos los montículos de la isla de Giannutri. Un vientecillo marino, fresco y con olor a yodo enfriaba nuestros carrillos. ¡El viento que hacía hinchar las velas de la barca.

Cómo robó los huevos de gaviota

"TOCAMOS en la cala maestra y allí, dejando a mi hermano y tres hombres, cogí a los dos pequeños de la tripulación y me encaramé con un rollo de cuerdas por la escollera apresuradamente.

"Vuelta por aquí, vuelta por allá, destroncándonos los pies sobre el granito y resbalando por aquellas formas curiosas excavadas en grutas, en bloques, en agujeros, en túneles, en estatuas, en monstruos por los golpes del mar, no lograba ver lo que buscaba.

"A cada paso, algún pájaro marino escapaba entre chillidos y gran batir de alas de los meandros, o un gallináceo nos rondaba desde lejos dando saltos a vuelo sobre el agua, que comenzaba a picarse; pero de gaviotas, ni el rastro. Habían desaparecido.

"Finalmente, desde el fondo de la escollera hasta donde me descolgué, atando la cuerda a un saliente del granito, decidí llegar a un islote destacado del bloque de la isla grande, islote formado por un sólo escollo, pero apuntalado en la base por numerosos peñascos cubiertos de algas y líquenes y con una pequeña planicie en la cúspide verdeante de hierbecillas salobres y de brezos parduscos.

"Y en la parte opuesta, entre otros dos macizos de piedra que debieron ser uno solo divido de aquel modo por algún cataclismo, encontré en dos nidos seis huevos de gaviota, dobles de grandes que un huevo común y completamente jaspeados, como pintados, y cuatro gaviotas recién nacidas.

"Llamé; los muchachos vinieron a reunirse conmigo, como simios, y yo, por ir más de prisa, formé la cadena y, colgándome del saliente al que me había atado por los muslos como a un caballo, bajé al chico más fuerte, el cual, a su vez, bajó al otro. Este recogió los huevos con los nidos, las gaviotas y cuanto allí había, me lo mandó todo en la birreta y le izamos.

La maldición de las gaviotas marinas

"CON la cuerda que había dejado atada a la otra escollera el retorno se hacía fácil y, en efecto, en menos que yo lo cuento, saltando de pico en pico, descalzos como diablos, retornábamos al barco, del cual, a poco, se nos apareció allá al fondo el palo con la banderita triangular que ondeaba a impulsos del siroco.

"Al mismo tiempo, un grito ronco, ¡pero qué grito!, un bramido desgarrador, como de algún herido de muerte, rompió el silencio penoso de la mañana cenicienta, y sobre nuestras cabezas, con las garras extendidas como cuando van a posarse sobre algo, apareció una gaviota enorme. ¡La hembra! Después, otro grito respondió al primero y apareció también el macho, y tras él otra hembra y otro macho; en breve tuvimos sobre la cabeza a cuatro gaviotas que volaban en círculo a nuestro alrededor, descendiendo hasta tocar con las alas nuestras birretas y gritando de modo tan terrible como yo no he oído nunca.

"De súbito apareció mi hermano que, subido a la punta de la cala más próxima al lugar donde había fondeado, nos llamaba desesperadamente con las manos en la boca.

Las cuatro aves volaban furiosamente en torno a ellos

"NOSOTROS nos ingeniábamos lo mejor que podíamos; pero entre el mal camino y el miedo de romper los huevos, no lo hacíamos tan presto, y así, cuando llegamos, el mar había cambiado completamente de aspecto. El siroco se había vuelto fortísimo. Comprendí entonces las prisas de mi hermano; le apremiaba zarpar para refugiarse en el puerto de Giglio, en donde podía esperar los días que fuesen a que el tiempo mejorase. Y así lo hicimos.

"Pero apenas estuvimos en pleno Argentario, ocurrió que éste nos había preparado una de esas sorpresas en las que es maestro, mientras las cuatro gaviotas seguían volando en círculo amenazadoramente, contándose a grandes gritos el inhumano robo que se había cometido en su daño. Y a cada grito de los pajarracos, en medio de los cuales balanceaba desesperadamente el palo mayor de la "Colomba", en cuya punta el marinero Demé se esforzaba febrilmente en recoger la vela, respondía un aliento profundo del mar que se hinchaba por el viento y a cada paso salía en carrera loca de corrientes completamente ocultas por una cimera de espumas.

El barco se bamboleaba y rodaba azotado por la borrasca

"EL remordimiento me atenazó el corazón. Me parecía que el haber robado los hijos nonatos a los hijos de la tempestad debía atraer sobre mi cabeza el más atroz castigo.

"Veía a mi hermano, que jamás en la vida perdió la calma, mirarme consternado; después la "Colomba" se inclinó de una banda con gran ruido y un silbido de todas las maromas; una oleada barrió la cubierta, seguida de un bramido desesperado del viento, y Demé, que bajaba por el palo, fué arrojado al mar.

"Un minuto después, atado como estaba al timón, impotente para moverme, para socorrerle, para decirle nada, entre el crujir de toda la nave, que parecía romperse, le volví a ver atado a un cable milagrosamente agarrado al vuelo e intentando subir por la popa.

"El barco seguía bamboleándose y rodando sobre las olas como azotado por las miríadas de diablos de la borrasca; se vió pasar la isla de Giglio como una aparición, con sus cumbres coronadas de nubes, y de pronto, el palo crujió como una pajilla y cayó sobre el puente sin aplastar a ninguno.

"El grito de las gaviotas se había hecho más ronco y más rabioso y más vertiginoso su vuelo, y el barco huía a través de las olas enormes, de suerte que el timón, por la furia de los bandazos, apenas podía gobernarle, y las olas se sucedían sin interrupción, como si las cuatro malditas gaviotas que nos perseguían, agrupándose en torno a nuestra arboladura gimiente, las llamasen para vengarlas.

"Cómo conseguimos coger la calma virando a sotavento, hacia Santo Stefano, no lo sé.

"No son bestias: son seres humanos"

"Las gaviotas, derrotadas, voltearon por última vez sobre nosotros lanzando a una un grito ronco, que parecía un lamento, y se perdieron con las pechugas a flor de las espumas en las convulsiones del mar.

"Usted ha tenido la suerte de que la gaviota que ha matado estuviera sola; sino, al verla herida de aquel modo, hubieran acudido todas sus compañeras y quién sabe lo que hubiera ocurrido... ¡No son bestias, créame, son seres humanos!"

—Cierto—respondí—. Su cuento me ha interesado prodigiosamente; ahora que me parece que las conclusiones son ligeramente exageradas...

Pero Santiago, que había visto cerca a la muerte, movió la cabeza.

LAS DIVERTIDAS AVENTURAS DE "TROMPETA" — El Perro Cara Dura — por George Studdy









LA SUERTE DE LAUCHA — Hazañas Cinematográficas — por Lym Young

PUEDEN IMAGINARSE LA DESESPERACIÓN DEL POBRE LAUCHA AL PRESENCIAR LA TRÁGICA DESAPARICIÓN DE SU AMIGO EL ESQUIMAL.

SI NANUCK SE HUNDIÓ EN LA NIEVE LO VOY A SALVAR.







ESCALOPE Y SEVERINA — Los Humildes Servidores de un Gran Hotel — por Jack Lait y Paul Fung

ESTABA PARADO LO MÁS TRANQUILO, CUANDO DE REPENTE, NO SÉ DE DONDE ME CAYÓ ENCIMA UN INSTRUMENTO OBTUSO. CUANDO ME PUSE DE PIE NO HABÍA NADIE...

YA TE DIJE QUE ESTA CASA ESTABA EMBRUJADA. NADIE MÁS QUE LOS ESPÍRITUS PUEDEN HACER LO QUE SUCEDE ACÁ DESDE LA DESAPARICIÓN DE BOMBÓN Y DESDE QUE EMPEZAMOS A RECIBIR LOS MENSAJES MISTERIOSOS.

ES ALGO SOBRENATURAL.

SÍ LO DUDAN LEAN ESO.



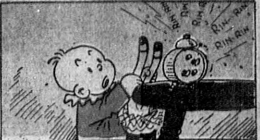

EL PIBE DE LA CASA




¿NO AN-DÁS MÁS?


¡SE LE DUR-MIERON LOS PIES!


¡VOY A DESPER-TARSELOS!


RIN-RIN
RIN-RIN
RIN-RIN
RIN-RIN


LA BARRA DE "PINTITAS"


¡MIREN, EL VIEJO ME REGALO UN PESO!


¿TE HIZO TRABAJAR MUCHO ANTES DE DARTELO?
NO. EN CAMBIO ME DIJO QUE AHORA TENIA QUE TRABAJAR CON EL PESO Y HACER BUENOS NEGOCIOS.


¡UN BUEN NEGOCIO SERIA DARNOS LA MITAD!
¡YO CREO QUE, DIS-PARANDO, YA EMPIEZO A GANAR MUCHO!


VAMOS A ESPERAR A QUE VUELVA.
¿VOS CREES QUE CON UN PESO SE PUEDE HACER OTRA COSA QUE GASTARLO?


SEGURO QUE COMPRA UNA LAPICERA FUENTE.
O QUE LO PIERDE POR UN BOLSILLO ROTO...


¡HABLANDO DE "PINTITAS" AHÍ ASOMO!
¡VAMOS A VER COMO "TRABAJO"!


¡EH, "PINTITAS"!
¿YA SOS RICO?


PRIMERO COMPRE UN TROMPO DE CUERDA Y LO CAMBIE POR UN CORTAPLUMAS...


...EL CORTAPLUMAS SE LO DI A "CHIVITO" A CAMBIO DE UN PAR DE PATINES.


¡Y LOS PATINES SE LOS VENDI AL BOLICHERO POR UN PESO!
¡PERO ENTONCES NO GANASTE NADA!


¡OH!
¡Y QUE QUIEREN! ¡HICE UNA CANTIDAD DE NEGOCIOS, TRABAJE BÁRBARAMEN-TE Y TODAVIA TENGO EL PESO!